

Una noche en la ópera (1935) Sam Wood

Hay dos escenas, en esta película, que yo considero de las más hilarantes de la historia del cine. Una es en donde Otis B. Driftwood y Fiorello (papeles representados por Groucho y Chico respectivamente) pactan el contrato “del mejor tenor del mundo”. Ya saben: “*La parte contratante de la primera parte será considerada siempre como la parte contratante de la primera parte*”. Pero no sólo es esa genial frase, sino toda la secuencia; un absurdo delirante y delicioso que ha quedado, para siempre, en el imaginario de todos los que somos, algunos inocentemente, cinéfilos. La cara oculta, y perniciosa, es la comparativa que, a nivel inconsciente, hacemos algunos con la clase política actual. Uno puede revisitar esa escena, una y otra vez, e ir sustituyendo las caras de Groucho y Chico por las de los múltiples políticos que conocemos. Nos daríamos cuenta, para desgracia y poca vergüenza de ellos – de los políticos – que eso, exactamente, es lo que hacen a diario. Unos discursos absurdos, de cara a la galería, utilizando las muletillas y palabros que les permiten seguir hablando sin decir nada en concreto, no digamos ya, trascendente. Simulan que se pelean, discuten, se enfadan, para, en una última pируeta genial, pactar algo por completo absurdo. “*Oiga, y ¿por qué mi contrato es más pequeño que el suyo?*” le pregunta el personaje de Chico al de Groucho, después de ir rasgando trozos de ambos contratos, a lo que éste le responde: “*Eso será porque es usted más chico que yo*”. Tras lo cual, proceden a firmar, con una pluma sin tinta, el contrato que incluye una cláusula veterinaria. ¿Van cogiendo las similitudes?

La otra escena es la consabida secuencia del camarote, en la que, de forma gradual, previa petición de la cena a un camarero, va entrando gente en un camarote minúsculo, en el que apenas cabe un camastro, hasta completar un aforo de 15 personas, entre las que, además del trío protagonista, aparecen el tenor al que representa Fiorello, dos camareras (“*pasen ustedes, no se asusten de nada y dense prisa*”), un plomero, una manicura (“*déjeme las uñas cortas, que aquí ya va faltando sitio*”), el ayudante del plomero, una joven que entra a telefonear a su tía Micaela, una limpiadora que llega a barrer el camarote (“*empiece por el techo, que es el único sitio que no está ocupado todavía*”), y cuatro camareros que traen la cena encargada al comienzo de la escena (“*y dos huevos duros*”, “*MOOOOC*”, “*en lugar de dos, traiga tres*”).

Ahora cierren los ojos, hagan un esfuerzo de imaginación y cambien ese camarote por el Congreso de los Diputados. ¿Son las similitudes lo suficientemente claras? Si no es así, les pido que recuerden la precisa y desoladora definición de política

que dio Groucho: “*La política es el arte de buscar problemas, encontrarlos, hacer un diagnóstico falso y aplicar después los remedios equivocados*”. Algo que nuestros políticos han sabido plasmar con una eficiencia aterradora.